



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1211

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 26 DE JULIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Clauvartín 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Buen principio

El principio que tuvo ayer la temporada de festejos acredita el buen gusto de la Junta que los tiene a su cargo. Lleguen a ella los elogios que el público dedica á la Diana, primero de los que figuran en el cartel.

Y eso que se verificó en condiciones tan molestas para el público que nadie hubiera extrañado que tomara pretexto del citado festejo para exteriorizar su disgusto.

Pero no; aunque se echó á la calle a las cinco y media, porque lo habían citado para las seis, vio pasar la hora de la cita y mucho tiempo más, sin que sonara siquiera un grillo de enjambre. Es verdad que la procesión iba por dentro. Pero que procesión!

Dieron las siete y comenzaron las murmuraciones. A las siete y media el disgusto era general. Los que habían venido de los extremos a ver el festejo, midiendo a pasos el camino, asaltaban los caminos para regresar a sus casas.

—¿Qué pasa?—se oía preguntar por doquier.

Y unos contestaban con una chirigota; otros respondían con desabrimiento; dando pruebas claras del mal humor de que se hallaban poseídos; los menos hacían alarde de la paciencia de Job y esperaban dando agradabilísimos paseos a que sonaran los anunciadores clarines y los manifestaban su extrañeza al ver que pasaban dos horas sobre la señalada y la Diana no salía.

En tanto la Junta lamentaba el retraso. No era por culpa suya la tardanza: se debía a circunstancias del momento, no previstas ni de solución instantánea.

Por fin sonaron las cornetas en la puerta del Parque y la comitiva salió a la plaza del mismo nom-

bre en medio de la expectación general.

—¡Ya sale! ¡Ya sale!—gritó la multitud, posesionándose de las aceras. Y la noticia pasando de boca en boca y de calle a calle, hizo parar en firme a los pacientísimos Jobs que desde las cinco y media de la mañana esperaban a ver lo que ya desesperaban de ver.

Abrian la marcha las bandas de cornetas de los regimientos de Infantería de Marina, España, Sevilla y batallón de Artillería, seguidas de las respectivas bandas de tambores, ó iban detrás de estas dos músicas militares.

Precediendo a la carroza anunciadora de los festejos, iban dos heraldos conduciendo a caballo dos magníficos estandartes que ostentaban las armas de Cartagena. Los trajes de aquellos eran de terciopelo y raso, galoneados de oro y en ellos no se ha omitido gasto ni detalle para que resultasen ricos y de gran propiedad.

A la vista de los ginetes el público desarrugó el ceño. Las molestias sufridas por la larga espera quedaban perdonadas, llegando a olvidarse del todo al presentarse la carroza.

Representaba una embarcación antigua arrastrada por un monstruo marino sobre la tranquila superficie del mar. Desde la proa la guiaba Cupido y llevaba en la popa un amorcillo por timonel.

Sobre un pedestal que se elevaba en la cubierta, envuelto en giros de nubes tornasoladas por la luz del amanecer, veíanse dos figuras ricamente vestidas: la Anhora y el Rocío.

Tanto el pedestal como los centros de los costados de la embarcación estaban adornados con pinturas alegóricas de los festejos que cobliene el programa del presente año.

La carroza iba conducida por cuatro caballos engualdrapados, llevados del diestro por cuatro pa-

lafreneros vistiendo trajes de rica seda.

El todo formaba un agradable conjunto que causó en el público gran admiración; bien lo demostraron los aplausos con que fue saludada en varias ocasiones y los elogios que de ella se hacían, aplausos y elogios que deben repartirse al arquitecto municipal D. Tomas Rico y Valarino y el genial escultor cartagenero don Francisco Requena.

Detras de la carroza iba, cerrando la marcha, la música del regimiento España.

El paso de la Diana fué presenciado por enorme muchedumbre y así la falla cometida, por haber salido tarde, fué compensada por la satisfacción de que la viera mayor número de personas.

La Junta de festejos ha entrado con buen pie en el periodo de aplicación y puede asegurarse que saldrá de la misma manera, pues la Velada marítima, último festejo del programa, le asegura un triunfo ruidoso y entusiasta.

Vivir para ver.

TIJERETAZOS

No ganamos para sustos.

Cuando ya creíamos que había necesidad de enredarnos de palabra con los musulmanes y aún de armar la tejante española con el corvo alfanje, resulta que lo único que tenemos que hacer es cruzarnos de brazos y decir á los corresponsales de la prensa:

—Señores: ¿quieren ustedes hacer el favor de decir a los señores que los moros asesinaron a dos cantivos españoles, lo cual nos hizo apretar los dientes y rechinar los dientes.

Y nos hemos disgustado sin necesidad. Porque los moros no solo no los han asesinado, sino que los han abierto la prisión para que vayan donde quieran.

Caballeros ¿se puede vivir con tranquilidad?

Hablando un articulista de los setenta y

siete mil pinos que han sido escamoteados recientemente en los bosques de Cuenca, dice que tenemos un bosqueñito.

No, colega: ese bosque es como el avefénix.

¿Bosque de sus tallos?

Y cuidado que son porcoses.

En 1869 noventa mil.

Ahora setenta y siete mil.

Y en los intermedios... ¿Quién pone fuego al quemador contentado el bosque de la vista y á la mano el hacha?

Si fuese un pobrete que cogiera en el monte un manojo de espanto ya sería otra cosa.

¡Pero pinos aunque sean á millares!

¡Bah!

Leemos: «El inglés, espera...»

Es el título de un artículo.

Pero no leemos porque no queremos enterarnos de lo que espera el hijo de la Gran Bretaña.

Que espere sentado.

Y que le dé el Altísimo la paciencia de Job.

Dice un colega catalán no catalanista:

«Parece que un numeroso grupo de jóvenes de buen humor de la barriada de Gracia, se proponen renunciar con el exclusivo objeto de organizar la tradicional Armería á la ermita en que se venera la Imagen de San Medí y costear una función religiosa el día 3 de Marzo, festividad del Santo.»

¡Pero es que se necesita buen humor para rezarlo á San Medí!

Viviendo y aprendiendo.

EL PABELLÓN MILITAR

El miércoles, día de S. M. la Reina Regente, se inauguró el pabellón que el Circolo del Ejército y Armada tiene establecido en el real de la furia.

La fiesta fué de primer orden, como celebrada en honor de la mencionada señora.

El pabellón, que como hemos dicho en varias ocasiones es un lindísimo kiosko japonés, estaba concurrenciadísimo, predominando el bello sexo, que lo daba mayores encantos á los muchos que á la vista ofrecía la hermosa instalación.

El baile no pudo ser grande; lo imposibilitaba lo enorme de la concurrencia, hasta

el punto de que al tener el sexteto del señor Manzano el rigodon, solo pudo bailar lo que quedaba y aún así con muchas dificultades.

Después de la noche se estuvieron sirviendo helados de todas clases: pues la sociedad estaba dispuesta á echar la casa por la ventana y la echó.

Un detalle: la servidumbre del pabellón vestía casaca roja, calzón corto, media negra y zapato con hebilla.

Felicitemos al Centro del Ejército y Armada por el soberbio acto de presencia que ha realizado en el mundo y felicitemos también á su presidente, D. Luis Pascual del Pobil, alma de dicho centro, á cuyas gestiones y actividad se debe el triunfo logrado por aquél.

EL INSPIRADOR

DE LA

MATANZA DE GAVITE

Leemos en «La Epoca»:

Dice el «New York Herald», que el vicealmirante Crowninshield, jefe del departamento de Navegación de los Estados Unidos, se ha declarado autor del telegrama dirigido el 24 de Abril de 1898 al entonces comodoro Dewey, ordenándole apresarse ó destruir á las fuerzas de Filipinas.

Hoy, según el referido diario new-yorkino, lo que acaba de manifestar Mr. Crowninshield á varios periodistas:

«El sábado 24 de Abril de 1898 llegó á mi casa el teniente Whittlesey, entregándome un despacho del almirante Dewey.

Decíame éste que el gobernador de Hong Kong había puesto en su conocimiento que debía zarpar de dicho puerto con la fuerza á su mando, dentro de las veinticuatro y ocho horas siguientes.

Juzgado de la mayor importancia dar contestación inmediata á Dewey, me dirigí á la Casa Blanca y mostré el telegrama al Presidente.

Por indicación de Mac Kinley fui en busca de Mr. Long, secretario de Estado. Este último había ya marchado á la Presidencia.

A volver con Mr. Long á la Casa Blanca encontramos al Presidente sentado con una de las galerías discurriendo con el secretario Day, el attorney general Griggs, el senador Hale y otro cuyo nombre no recuerdo, acerca de la contestación que debía darse al telegrama de Dewey. Un momento des-

120 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Vida Rústica



de muchas esperanzas, el señor Zolzikiewicz, se hallaba junto á la ventana, dedicado por entero á echar las moscas que invadían la oficina. Todas las paredes estaban cubiertas de ellas, y el color primitivo de las indicadas paredes, había desaparecido bajo los numerosos puntitos negros dejados por los asquerosos bichos, que no habían perdonado ni los libros, ni los cristales, ni el crucifijo que de la pared colgaba. Las moscas volaban alrededor de la cabeza de la primera autoridad del país, como si fuese un simple vocal; pero lo que más las atraía era la cabeza remoloneada un verdadero enjambre de moscas, el cual posábase después sobre la coronilla, formando una mancha negra, movediza y viviente.

El Señor Zolzikiewicz, cautelosamente levantaba de cuando en cuando la mano, y después la bajaba rápidamente. Se oía claramente entonces el golpe de la mano al caer sobre la untada cabeza, y se veía por un momento el enjambre volar á ciegas por el aire con confuso rumor. Después el señor escribano bajaba la cabeza, recogía con los dedos los muertos pegados á los cabellos y los echaba al suelo.

Erán cerca las cuatro de la tarde, y estaba todo el pueblo callado, por causa de la ausencia de todos los habitantes, que estaban dedicados á las faenas del campo. Solamente, bajo la ventana de la oficina comunal, una saca se frotaba los costados contra la pared, repitiendo la voz arrastrada de los que se van á la laguna para lavar los zapatos.

CARTAGENA

Imprenta de José Requena calle del Aire, 15.

1901